

acerca a la de Burucúa para quien la riqueza del arte barroco latinoamericano se asienta en una permanente y renovada circulación de imágenes. El mundo barroco es el reino del imaginario y de la imaginería. Texto sincrético, la imagen emblemática y barroca manifiesta simultáneamente valores semánticos pertenecientes a múltiples dominios de la experiencia cultural (p. 44) donde la mitología y la analogía se vuelven centrales porque provocan una nueva práctica de lectura: la del desciframiento.

Inspirado en la lectura icónica peirceana, Buxo muestra cómo el ícono es un signo que se propone como una semejanza efectiva pero que, en la transposición emblemática y con la incorporación del signo lingüístico por definición arbitrario, se vuelve artificio estilístico; de allí que una semiótica de la emblemática deberá tener en cuenta un sistema de relaciones internas entre imagen, palabra y significación simbólica. “Este tipo de semiosis o proceso de significación es el resultado de especializar un signo o conjunto de signos como representante simultáneo de valores semánticos pertenecientes a paradigmas culturales diferentes, ex gr. la estructura del universo y la estructura del hombre: ‘mundo abreviado’” (p. 65). La conclusión para una semiótica de la cultura latinoamericana es que el signo icónico, trabajado como texto en el emblema, se vuelve, por un sistema de equivalencias fuertemente codificado, una propuesta de lectura e interpretación, y los mecanismos de la cultura no son “otra cosa que la revaloración que una comunidad determinada

hace de los vastos conjuntos de homologías en que descansa aquel tipo particular de conocimiento que llamamos simbólico o analógico” (p. 66). Conclusión importante porque nos permite estudiar al emblema también como un vasto operador de memoria colectiva, y en este sentido constituye una retórica, en cuanto construye el “lugar común” en el que el hombre latinoamericano se reconocía y recordaba. Estamos frente a una lectura del ícono emblemático como un operador de una vasta mnemotécnica, en el origen de una particular retórica latinoamericana, que opone a la memoria de las palabras, la memoria de las cosas (p. 171) en la reminiscencia y el sueño.

Dos transposiciones particularmente interesantes en el estudio de Buxo: el de la poesía emblemática y la poesía de Sor Juana Inés de la Cruz, de la que el semiólogo mexicano es sin duda uno de los mayores expertos, y el de las piras funerarias de la Nueva España. Así, tanto la construcción de los poemas de Sor Juana como el “Túmulo imperial de la gran ciudad de México” (1559) muestran cómo los emblemas de Alciato se explican como motivo inspirador pero también como el “lugar común” en que se construye la cultura de la época. El emblema es entonces una especie de cápsula semántica (p. 124) porque nos habla simultáneamente de muchas cosas y con muchos soportes: la lengua, el espacio, el tiempo. Preso en un universo fuertemente icónico en todos los planos (el de las palabras y el de las cosas), el hombre latinoamericano circula descifrando, interpretando, aprendiendo,

yuxtaponiendo en un sincrétismo formal e ideológico de imaginería clásica, cristiana e indígena. De Carlos V a Hernán Cortés, de Alejandro VI a Moctezuma o Atahualpa, un verdadero programa icó-

nico-ideológico se pone en marcha en la Nueva España para suscitar el conocimiento pero sobre todo, el recuerdo.

Lucrecia Escudero Chauvel

GUSTAVO LINS RIBEIRO

POSTIMPERIALISMO. CULTURA Y POLÍTICA EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO. Barcelona: Gedisa 2003, 237 pp. ISBN 84-7432-992-2.

El texto de Gustavo Lins Ribeiro se inscribe en la larga lista de producciones en torno a la cultura que atraviesa el panorama del pensamiento actual y se relacionan con las preocupaciones teóricas y políticas (o políticas y teóricas) que surgen de los escenarios generales de los últimos veinte años, centradas tanto en la cultura como en la política, en la sociedad como en el individuo, en el pensamiento como en el cuerpo. La “constelación” de temas desplegados en este campo teórico abarca un vasto territorio en el que no sólo cabe hablar de fronteras y disolución de fronteras disciplinarias, sino también de diálogos, antiguos y nuevos, entablados en esos nuevos escenarios.

Lins Ribeiro inscribe su palabra en ese diálogo desde una preocupación: la filiación de la propia palabra. Su texto pone en juego la mirada sobre el proceso de producción de los conocimientos acerca de la realidad en la que estamos, insistiendo en medir con la misma vara todos los discursos, aun aquellos más afines. En este contexto, al ubicar el discurso poscolonial en sus condiciones de producción, distribución recepción, se pone

de manifiesto que está fuertemente marcado por su origen tanto geográfico como teórico. Se trata de discurso externo “sobre el otro que llega a través de un poder metropolitano –el británico–”; además, siendo en sus postulados iniciales tan crítico con respecto a la producción del conocimiento sobre el Otro, resulta altamente paradojal e irónico que se arroge el derecho de producir conocimiento sobre el Otro latinoamericano. En relación con el multiculturalismo aplica la misma regla: colocarlo, más allá de sus encrucijadas, en las condiciones de producción y distribución; a pesar de las diferencias de discursos, concluye también por ponerlo en duda por su carácter ajeno y reificador respecto de la realidad latinoamericana.

En la determinación de su propia filiación, Lins Ribeiro reivindica la tradición teórica que arranca con Marx, Gramsci, Althusser y los estudios latinoamericanos que se preguntan por las relaciones entre la cultura y el poder. En general, a lo largo de la obra, una y otra vez aparece su propia adscripción al campo de las ciencias sociales, haciendo hin-

capié en su carácter de científico brasileño. Como científico social, como antropólogo brasileño ubica su disciplina en un “*locus* y una coyuntura difícil” pero llama la atención sobre el uso crítico de los conceptos, de las ficciones, sobre la exageración de las metáforas y las extrapolaciones. Si algo le preocupa es el facilismo de la palabra, la fascinación por los juegos, la labilidad de los conceptos y sobre todo las extrapolaciones apresuradas.

Metodológicamente es coherente con este planteo: los conceptos que usa son objeto de una arqueología, explícita en algunos casos como el de “colonialismo” e “imperialismo”, sólo sugerida en otros. En sus páginas encontramos frecuentemente la expresión “si tuviéramos que hacer la arqueología...” para introducir una referencia al concepto que se utiliza. Por otro lado realiza investigaciones de campo que le permiten sostener sus argumentos con las pruebas del “método científico”. Lins Ribeiro se enorgullece de este modo de trabajo y, en ocasiones, puede percibirse un dejo de ironía hacia los debates “culturales” como cuando afirma que con sus desarrollos “espera estar contribuyendo no sólo a las discusiones vinculadas a la teoría de la identidad en la contemporaneidad, sino también a explorar en una era de globalización exacerbada, lo que hace al Brasil, Brazil” (cap. 7).

Maria Ledesma

Pero el aspecto que estructura todo su discurso es el de la filiación al tronco latino en la realidad transnacional: allí está su matriz productiva y desde allí propone un llamado a todos los intelectuales latinoamericanos para “desarrollar cosmopolíticas postimperialistas” desde lugares no hegemónicos. Lins Ribeiro propone generar nuevas condiciones de conversabilidad en el mundo académico transnacionalizado, dando como ejemplo los diversos foros y asociaciones virtuales a las que pertenece. En este punto su llamado es audaz e interesante: somos nosotros, los latinoamericanos, parece decir, quienes introducimos el dedo que nos señala haciendo investigaciones sobre nosotros mismos. Su propuesta apunta a desnaturalizar la imagen “seductora” de América y comenzar a mirarlos críticamente. Concretamente propone convertir al Norte en objeto de investigación, cambiando el foco de la mirada.

Es difícil anticipar los resultados de esa propuesta. El mismo Ribeiro esboza ciertas dudas pero suena tentador su programa: “inmediatamente investigaciones críticas sobre las élites del norte, del capitalismo transnacional, sus discursos, agencias y agentes”.

SCOUT MICHAELSEN Y DAVID E. JOHNSON (EDS.)

TEORÍA DE LA FRONTERA. LOS LÍMITES DE LA POLÍTICA CULTURAL. Barcelona: Gedisa 2003, 270 pp. ISBN 84-7432-910-8.

El descubrimiento de la frontera como categoría conceptual proporcionó a las ciencias sociales una llave maestra para abordar la problemática de la cultura superando las visiones folklóricas o etnográficas. No obstante, los estudios hechos en su nombre muchas veces sirvieron para consolidar, sin proponérselo, visiones valorativas de ambos lados de la frontera que estigmatizan uno de los polos de la oposición. Pero, como contrapartida, surgieron también estudios en los que los defensores de la “frontera”, al atenuar las dicotomías, se sintieron fascinados por esos espacios de cruce a tal punto que olvidaron la fuerza del poder, apostando por un híbrido “intercambio cultural”.

En *Teoría de la frontera* se cuestionan ambos polos y se propone una teoría que analice la génesis de las ideas y descubra sus lógicas de conocimiento y sus lógicas de investigación. En este sentido, la obra que comentamos es un metaensayo sobre la frontera, que incluye una reflexión sobre los orígenes, los cruces, los discursos y un análisis de los reflejos de esos cruces y discursos en las lógicas cognitivas y de investigación.

Los trabajos que componen el volumen no son homogéneos, pero todos apuntan en alguna de esas direcciones. La primera, la génesis de las ideas, está planteada desde el inicio en un capítulo introductorio, obra de los editores, en el que se presenta un exhaustivo análisis

crítico de distintas líneas sobre la frontera para discutir su esencialización y proponer una conceptualización sobre su valor como índice cultural y como concepto. Esta introducción opera además como una suerte de bitácora de los que han hecho el primer trayecto, puesta a disposición de aquellos lectores que deseen contextualizar su viaje.

Los modos de conocimiento e investigación se abren desde el mismo planteo crítico de la obra. La “arqueología” da lugar a la hegemonía de dos conceptos: el de construcción y el de escenario de la confrontación de distintas fuerzas no resumibles en dicotomías. A partir de este planteo, la cognición sobre la frontera implica una cierta inaccesibilidad, en la cual reside su potencia. Respecto de la lógica de investigación, cabe remarcar la amplitud del territorio ofrecido como sede de esa lógica: por sobre la localización de estudios acerca de la frontera en el sudeste de Estados Unidos, la obra ofrece un abanico que va desde ese *locus* determinado hasta la indeterminación de los imaginarios disciplinares.

Este ofrecimiento al lector se articula en los distintos ensayos: Russ Castrovivo se pregunta por qué a la hegemonía del poder le atraen las fronteras y despliega su respuesta pensando en fronteras del siglo XIX; Alejandro Lugo propone la arqueología del concepto para incluirlo en los escenarios del poder; Benjamín Sáenz parte de la identidad